



ESTABA yo tan confortablemente instalado en mi insula, gozando tan tranquilamente de mi status de ciudadano en situación de reserva, como tan intensamente de mis libertades de consumidor —pues dudo que nadie siga y participe con mayor entusiasmo que yo en las campañas electorales de frigoríficos, detergentes y otras hierbas— cuando, inopinadamente, llegó a mi insula el llamamiento de Fraga a la constitución de una "Asociación de Españoles para Europa".

Confieso que al principio creí que se trataba de crear una Asociación para defender los intereses de esos millares de obreros y campesinos nuestros que, movidos por el loable afán de aprender idiomas y geografía, reviven las gestas de nuestros antiguos Tercios por todos los campos de Europa.

Pero la atenta lectura del llamamiento me reveló que los objetivos eran aún más ambiciosos. Y algo

DE COMO AL LLAMAMIENTO DE FRAGA RESPONDI COMO UN SOLO HOMBRE, GRITANDO: «VAAA...»

como un seísmo se produjo en mi, algo que me sacó de mis goznes, de mis pantuflas, de mi televisor y de mi insula. Sencillamente devastador. Ello es que, disparado por tan poderoso resorte, me lancé a la calle como un solo hombre, gritando: ¡Fraga, presente!

Y es que cuando a un servidor se le convoca a algo, ya sea a servir a un cliente o a una gran causa, a lo que sea, un servidor no falla. Ahora bien, no sabiendo, quizá por causa de mi longeva insularidad, a quién hay que asociarse, y luego de haber buscado infructuosamente entre otros reservistas y televidentes a alguien que pudiera compartir mi integrismo integracionista, no he tenido más remedio que acabar asociándome a mi mismo. A fin de

cuentas, si quieres que te sigan, ponte el primero.

Al principio, la cosa fue bien. La auto-asociación nació bajo los mejores auspicios, pese a mi carácter más bien contradictorio. Mi proposición de encomendarme la presidencia de la asociación halló la más halagadora y unánime aceptación. Unanimidad asimismo en la identificación de los objetivos —que podría resumir en el firme propósito de desasnarme, es decir, de prepararme para Europa— y en la formulación de los estatutos.

Pero lo difícil, lo verdaderamente difícil, vendría al abordar el contenido concreto de la actividad de la auto-asociación. En efecto, áteme esta pregunta por el rabo: ¿qué hacer y cómo para europeizarme sin arriesgar la pérdida de mi sin-

gularidad, adquirida al precio de tantos irrenunciables sacrificios? Sin contar con la dificultad de romper los enquistados moldes, las bien ancladas costumbres. Que no es tan fácil eso de pasar del soliloquio al autopuriloquio. Digámmelo a mí, que al cabo de tres días de pugna tenía metidos en el cuerpo a todos los diablos del ruedo ibérico.

De ahí que invite a todos los insulares de esta vasta península a pasar por mi experiencia, lo que puede servir de fecunda ascesis preparatoria para la constitución de una vasta Confederación de Auto-Asociaciones.

Por mi parte, y mientras tanto, yo seguiré europeizándome en Torremolinos cada verano. Pero ahora con más ardor que nunca. Si, a partir de ahora, gracias al llamamiento de Fraga, cuando un europeo me convoque —"Camarero, come in!"— se va a oír en Londres mi entusiástico "Vaaa...!". ■ SAL A VER.

